

SANTOS FACUNDO Y PRIMITIVO, MÁRTIRES

Día 27 de noviembre

P. Juan Croisset, S.J.

Se controvierte entre los escritores católicos sobre si Facundo y Primitivo fueron ó no hijos de San Marcelo Centurión, ilustre mártir de Jesucristo; pero prescindiendo por ahora de la resolución de esta cuestión, poco importante para elogiar los triunfos que consiguieron de los enemigos de la fe, diremos de su glorioso martirio lo que consta por las actas.

Enviaron á España los emperadores Diocleciano y Maximiano por gobernador de la provincia de Galicia á un hombre cruel llamado Ático, muy á propósito para satisfacer los impíos designios de aquellos príncipes, dirigidos á abolir el nombre cristiano de sus dominios. Apenas llegó á su departamento este fiero ministro, como era uno de los más ciegos apasionados del culto de las quiméricas deidades á quienes prestaban adoración los romanos, hizo publicar un edicto en el que mandaba á todos los del país que concurriesen á ofrecer sacrificio á un famoso ídolo que tenían en grande veneración los gentiles, cerca del río Cea, bien sea éste el que corre por Galicia, ó bien el que pasa por el reino de León, en lo que se diferencian los escritores. Asistieron todos á la solemnidad de aquel acto en el día señalado; pero, no habiendo concurrido los dos hermanos Facundo y Primitivo, les delataron inmediatamente los paganos al nuevo gobernador, criminalizando su procedimiento por el mayor desprecio hecho á su dios.

No oyó con indiferencia Ático la acusación: dio luego orden para que los trajesen á su presencia cargados de

prisiones; y, ejecutado así, les preguntó por su patria y religión. *Nosotros*, respondieron sin alguna turbación ambos hermanos, *somos naturales de estas comarcas y profesamos la religión de Jesucristo.*—*¿No habéis oído,* siguió el gobernador, *que nuestros emperadores tienen mandado que todos sacrifiquen á los dioses romanos, cuyos preceptos estáis obligados á obedecer como vasallos suyos? — Sabedores somos,* contestaron los santos, *de una providencia tan injusta, la que no debemos obedecer; pues aunque somos súbditos suyos en lo material, no en el espíritu, parte más noble de nuestra naturaleza, en el que somos siervos de Jesucristo, á quien, como á Dios verdadero y Redentor nuestro, prestamos todos los días sacrificio en todas las acciones y movimientos de nuestra vida.*—*Sin duda,* continuó Ático, *sois lectores de vuestra secta, como lo demuestra vuestra locución.*—*No somos sabios vanos,* le dijeron los Santos; *pues si tenemos alguna inteligencia, todo proviene de Dios, por cuya ilustración le conocernos; y si tú tuvieras el mismo conocimiento, no mandarías sacrificar á los demonios.*

Ofendido Ático de estas respuestas, viendo inútiles todas sus tentativas para rendir á los ilustres confesores de Jesucristo á que prestasen adoración á los dioses imperiales, resolvió echar mano de los tormentos más horribles. En prosecución de esta impía intención, mandó primeramente que les quebrantasen los dedos y las piernas con un género de cepo en forma de prensa, previniendo á los verdugos que lo ejecutasen lentamente para que fuese más sensible aquel tormento. Después del cual dispuso que les llevasen á una dura prisión, mientras discurría otros arbitrios, capaces de rendir la fortaleza de los dos valerosos militares de Jesucristo.

Persuadido el tirano que con honores podría conseguir lo que no con castigos de unos hombres de

aquel carácter, les envió á la cárcel manjares de su misma mesa; pero los Santos rehusaron recibirles por no mancharse con la comida de los idólatras. Irritó tanto la cólera del gobernador aquel desprecio, que mandó fuesen arrojados Facundo y Primitivo á un horno de ardiente fuego. Hízose así inmediatamente; mas, repitiendo el Señor el mismo maravilloso prodigio que en el horno de Babilonia, se conservaron tres días entre las llamas cantando alabanzas á Dios, sin que les causasen el menor daño. Confuso Ático á vista de aquel portento, ansioso de vengarse, dispuso que les diesen una comida envenenada para que reventasen; y, conociéndolo los Santos por revelación, dijeron á los ministros: *Aunque nosotros no debíamos comer de esta ponzoña, con todo, para que él gobernador se desengañe y entienda el poder de nuestro Señor Jesucristo, la comeremos toda sin que nos cause el más leve detrimento;* lo que se verificó habiendo hecho la señal de la cruz sobre la comida; por cuyo milagro se convirtió á la fe el compositor del inficionado alimento.

Parecía regular que tantos y tan asombrosos prodigios contuviesen las tercas porfías del gobernador, viendo que no producían algún efecto; pero no fue así; porque atribuyéndolos á arte mágica, según la costumbre de los gentiles, que echaban mano siempre de este recurso para deslumbrar al pueblo idólatra y deslucir los maravillas que obraba Dios en favor de los cristianos, dispuso que despedazasen sus carnes con garfios de hierro. Pero como los Santos no experimentasen dolor alguno en aquel fiero castigo, fuera de sí el tirano, viéndose confundido, ordenó que les aplicasen un tropel de tormentos; como fueron mandar echar aceite hirviendo sobre sus llagas, poner hachas encendidas en los costados, é introducir cal viva, hiél y vinagre en sus bocas para que cesasen de alabar á Jesucristo. Pero como advirtiese que se mantenían llenos de alegría los

ilustres confesores en medio de estas aflicciones, y aun le instaban á que discurriese mayores tormentos, enfurecido como un bravo león, prorrumpió: *Sacadles los ojos, porque su vista me ofende.* Mas como los Santos le manifestasen, hecho el estrago, que con la privación de la vista corporal habían mejorado la del alma, desesperado Ático, dió orden para que los colgasen por los pies en unos palos. Ejecutóse así, y, viendo los verdugos la copiosa sangre que salía por las heridas y narices de ambos, los dejaron por muertos en aquel lastimoso espectáculo. Volvieron después de tres días á quitarlos del suplicio, y habiéndolos encontrado tan perfectamente sanos como si nunca hubiesen padecido el más leve tormento, refiriendo con admiración, al tirano aquel nuevo prodigio, temeroso de mayores confusiones, mandó que los degollasen al instante.

Cuando les conducían al cadalso, clamó á grandes voces uno de los circunstantes que veía bajar del cielo dos ángeles con dos coronas, poniéndolas sobre las cabezas de los Santos; y disimulando Ático el temor que le causó aquella novedad, dijo en tono de burla á los verdugos: *Cortad las cabezas para que vayan á buscar esas coronas.* Ejecutóse tan injusta providencia en el día 27 de Noviembre del año 303, según unos, ó del 143, según otros; é inmediatamente salió por los cuellos de los insignes mártires leche en lugar de sangre, por cuya maravilla se convirtieron á la fe muchos gentiles, alabando el poder del verdadero Dios, que adoraban los cristianos.

Nuestras Iglesias han hecho siempre grande estimación de los santos mártires Facundo y Primitivo, por haber sido tan ilustre su martirio, celebrando su fiesta en el mismo día, y leyendo la historia de su pasión con mucha uniformidad en lo substancial de sus pasajes, como se puede ver en los Breviarios antiguos. Sus

sagrados, cuerpos los enterraron ocultamente los fieles en el mismo lugar del martirio, junto al camino que las Escrituras llaman *Strata o Calciata*, que iba sobre la ribera del río Cea. Allí se mantuvieron las santas reliquias desde el imperio de Marco Antonino hasta el de Constantino el Grande, en que los cristianos edificaron allí una pequeña iglesia con su invocación. Es muy controvertido si fueron ó no trasladados á otro lugar en la irrupción de los árabes, como algunos pretenden y otros niegan. El concurso de las gentes que acudían á venerar el sepulcro y capilla de los mártires dio ocasión á que se fundase allí un pueblo que primero se llamó *Domnos Sanctos*, y luego San Facundo, y ahora *Sahagún*, cuya parroquia fue la capilla de los Mártires hasta los tiempos de D. Alonso el Magno. En el reinado de este príncipe se refugiaron en el territorio de León muchos monjes de Andalucía que huían de la tiranía de Mahomad, entre los cuales llegó también un abad llamado Alonso con otros compañeros suyos. El rey, queriendo que estos monjes hiciesen asiento en su estado, compró las heredades que pertenecían á esta iglesia, y con ellas se la dio, fundándoles un monasterio con la invocación de *Los Santos Mártires*, cuyas reliquias se veneran en aquel mismo sitio. Este es el principio del insigne monasterio de Sahagún, invadido muchas veces por los árabes, mas guardado hasta nuestros días por la protección de nuestros santos mártires. No obstante, algunos escritores pretenden atribuirle otro más antiguo. Venéranse hoy las santas reliquias en medio del retablo mayor en un arca de plata. En Orense se veneran también reliquias de los Santos Facundo y Primitivo. (Flórez, t. 17, pág. 226. Risco, t. 34, pág. 390/)